

DE LA REFORMA DE LA FILOSOFIA PRIMERA Y DE LA NOCION DE SUSTANCIA (1694)*

Por: Gottfried Wilhelm von Leibniz
Traductor: Carlos Másmela Arroyave

La noción de sustancia, tal como la propongo, es tan fecunda, que de ella surgen las verdades primarias y originarias y, en realidad, referentes a Dios, las almas y la naturaleza de los cuerpos (es decir, a todo esto y a sus ámbitos). Se trata de verdades conocidas en parte pero poco demostradas; en parte desconocidas hasta ahora, sin embargo, de un gran significado para las demás ciencias.

Me parece que la mayoría de los interesados en las doctrinas matemáticas tienen aversión contra la metafísica, pues esperan encontrar en aquélla luz y en ésta oscuridad. La razón fundamental de esto es, según mi opinión, la siguiente: los conceptos generales, tenidos por evidentes, se han tornado ambiguos y oscuros debido a la negligencia e inconsecuencia del pensar humano. Las definiciones procuradas usualmente no son ni siquiera nominales; por eso, no ofrecen ninguna explicación. No hay duda que el mal ha alcanzado otras disciplinas que se hallan subordinadas a aquélla, primera y arquitectónica. Así se nos da para definiciones claras, pequeñas distinciones puntillosas; en lugar de axiomas verdaderamente universales, reglas que no son más que procedimientos limitados, desbordados frecuentemente además por hechos de los que no hay ejemplos en qué apoyarse. No obstante, con igual frecuencia, por una clase de necesidad los hombres emplean palabras metafísicas, y se vanaglorian de comprender lo que han aprendido a decir.

Es evidente que los conceptos verdaderos y fructíferos permanezcan por lo común ocultos, no solo los de la sustancia, sino también los de la causa, realización (acción), relación, semejanza y muchos otros términos semejantes. No hay que extrañarse, por tanto, de que esta reina de las ciencias que nos ha llegado bajo el nombre de filosofía primera y que Aristóteles con frecuencia ha llamado ciencia deseada, buscada (ζητοῦμεν), permanezca hasta hoy con el nombre de las ciencias que aún se buscan.

* Tomado de: LEIBNIZ, G. W. *Hauptschriften zur Grundlegung der Philosophie*. Hrsg. von Ernst Cassirer. Bd. 1, Hamburg: Felix Meiner Verlag, Dritte ergänzte Auflage, 1966, p. 22-29. Cfr. *De primae philosophiae emendatione, et de notione substantiae* (Gerh. IV, 468-470), en: HEIDEGGER, Martin. *Metaphysische Anfangsgründe der Logik*. Bd. 26, Franckfurt a. M.: Vittorio Klostermann, 1978, p. 96-102 y *De la réforme de la philosophie première et de la notion de substance*, en: LEIBNIZ, G. W. *Oeuvres*. Editées par Lucy Prenant, Paris: Aubier Montaigne, 1972, p. 323-325.

Sin duda alguna, Platón, en el curso de sus diálogos, examina muy de cerca el valor de los conceptos; Aristóteles hace lo mismo en los libros que se llaman corrientemente **metafísicos**; sin embargo, parece no haber ido muy lejos. Los sucesores de Platón han caído hasta en los encantos del verbalismo; en los aristotélicos, sobre todo en los escolásticos, la gran preocupación fue provocar cuestiones más bien que resolverlas.

En nuestros días hombres eminentes dirigen también su espíritu hacia la filosofía primera, sin gran éxito hasta ahora. No puede negarse que Descartes haya aportado excelentes cosas; en primer lugar, que haya hecho bien en hacer honor al esfuerzo de Platón por separar el espíritu de los sentidos; luego, que haya aplicado útilmente las dudas de la Academia; pero él se apartó pronto de su propósito, por ligereza o por alguna facilidad de afirmación, y no ha distinguido lo cierto de lo incierto; por consiguiente, ha localizado en sentido contrario la naturaleza de la sustancia corporal en la extensión y no ha comprendido bien la unión del alma y del cuerpo; todo ello por no haber comprendido la naturaleza de la sustancia en general. Porque él se había lanzado como un experto hasta en las cuestiones más difíciles de resolver, sin haber despejado sus nociones elementales. En ninguna parte aparece mejor qué falta de certeza resulta de allí para sus *Méditations Métaphysiques* que en su propio escrito, en el cual, ante la petición de Mersenne y de otros, hace un vano esfuerzo para revestirlas de una apariencia matemática. Veo también otros hombres de una penetración superior que se han interesado por cuestiones metafísicas y han meditado profundamente sobre algunas de ellas; pero las han cubierto de semejantes oscuridades que parecen adivinar más que demostrar.

Me parece que estos asuntos metafísicos requieren de más luz y certidumbre que los matemáticos, que aportan con ellos sus propias verificaciones y pruebas, lo cual es la principal razón de su éxito, mientras la metafísica carece de esta ventaja. Es necesario, por ello, proponer un método particular de exposición, a la manera de un hilo en el laberinto; por este medio deben resolverse las cuestiones a la manera de un cálculo, como en el método euclidiano, conservando, sin embargo, la claridad que no hace la más mínima concesión al lenguaje corriente.

Sobre todo la **noción de sustancia** que he dado mostrará toda la importancia de estas cosas; noción tan fecunda que a partir de ella se siguen las verdades primeras, así mismo aquellas que conciernen a Dios, a los espíritus y a la naturaleza de los cuerpos; y verdades por una parte conocidas, pero poco demostradas, por otra parte ignoradas hasta ahora, aunque deben ser del más alto interés en las otras ciencias. Para dar una prueba anticipada de este asunto, diré por ahora que la noción de fuerza, *vis* o *virtus* (llamada *Kraft* por los alemanes y *force* por los franceses), a cuya explicación destiné la ciencia particular de la *Dinámica*, aporta mucha luz para la comprensión de la verdadera **noción de sustancia**.

La fuerza activa difiere en efecto de la simple potencia (facultad de obrar), conocida por lo general en la escolástica, por cuanto la potencia activa de los escolásticos, o la

facultad de realización, no es otra cosa que la posibilidad próxima del hacer, del realizar, que, sin embargo, requiere una excitación externa, casi de un estímulo para pasar al acto. Pero la fuerza activa contiene un cierto acto o *εντελεχειαν* y se encuentra entre una simple facultad de obrar y la acción misma; incluye un *conatus*, un esfuerzo y se dirige así por sí misma a la acción; ella no tiene necesidad de apoyo, sino solamente de la supresión del impedimento. Se la puede ilustrar con los ejemplos del peso que tensa la cuerda que lo sostiene, o del arco en tensión. En efecto, aun cuando la pesantez y la fuerza elástica pueden y deben ser explicados mecánicamente por el movimiento del éter, la razón última del movimiento en la materia es, sin embargo, la fuerza que le ha sido imprimida en la creación; ella reside en cada uno de los cuerpos, pero es diversamente limitada y compelida por el conflicto mismo de los cuerpos en la naturaleza. Y digo que este poder de obrar es inherente a toda sustancia y que siempre algún acto proviene de él, hasta tal punto que la sustancia corpórea misma no cesa jamás de obrar, no menos que la sustancia espiritual. Esto lo pasan por alto los cartesianos, quienes sólo han visto en la sustancia corpórea la extensión o la impenetrabilidad, y que conciben, en lo que ellos creen, los cuerpos en reposo absoluto. No es la fuerza de obrar misma —mis meditaciones lo harán también aparecer— lo que una sustancia creada recibe de otra sustancia, sino solamente los límites y la determinación de su propio esfuerzo preexistente o poder de obrar. No diré nada más aquí acerca de las ventajas (que se siguen) para resolver el problema tan difícil de la interacción de las sustancias.